

CARTA ENCICLICA "QUANTO CONFICIAMUR" (*) (10-VIII-1863)

SOBRE LA IGLESIA Y LAS MISIONES

PIO PP. IX

Amados Hijos y Venerables Hermanos Nuestros, salud y bendición apostólica

Fontes
970

1. Introducción: El Papa congratula a los Obispos por su valiente y heroica conducta. Todos fácilmente comprenderéis, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, cómo Nos agobia la tristeza a causa de la encarnizada y sacrilega guerra que, en casi todas las partes del mundo, se ha desatado contra la Iglesia en estos azarosos tiempos, y ante todo en la infeliz ITALIA, donde ella desde hace muchos años fue declarada por el gobierno piamontés y estimulada de día en día; pero en medio de Nuestras gravísimas angustias, volviendo la vista a vosotros, Nos llenamos de sumo gozo y consuelo, pues vosotros, a pesar de haber sufrido contumelias por el lamentable con toda clase de injusticias y de violencias, arrancados de vuestra grey, enviados al destierro, y hasta encerrados en la cárcel, sin embargo, revestidos con la fuerza de lo alto, nunca habéis dejado, ya de palabra, ya por escrito, de defender denodadamente la causa, los derechos y la doctrina de Dios, de su Iglesia y de esta Sede Apostólica, y de proveer a la salud de vuestro rebaño. Por esto, de todo corazón os congratulamos por vuestra alegría de haber sufrido contumelias por el nombre de Jesús y os tributamos las merecidas alabanzas, sirviéndonos de las palabras de Nuestro predecesor SAN LEÓN cuando dijo: *Aunque me compadezca con todo mi corazón de los sufrimientos que habéis soportado por la defensa de la fe católica y de lo que vosotros habéis padecido; sin embargo, comprendo que hay más motivo para alegrarse que para entristecerse, al ver*

que, fortificados por Nuestro Señor Jesucristo, habéis permanecido invencibles en la doctrina evangélica y apostólica... Y mientras los enemigos de la fe cristiana os arrojaban de vuestras sedes, preferisteis sufrir las amarguras del exilio a manillaros con cualquier contagio de impiedad.

2. Progresión el error y el mal. - Persecución religiosa. ¡Ojalá pudiéramos anunciaros el fin de tantas calamidades para la Iglesia! Mas la corrupción de las costumbres que nunca puede deplorarse suficientemente, va en aumento por todas partes estimulada por los escritos arreligiosos, vergonzosos y obscenos, por espectáculos teatrales, el establecimiento casi por doquiera de casas de prostitución y se promueve también con otras malas artes; los más monstruosos errores se difunden por doquiera; crece el nefando aluvión de todos los vicios y crímenes; el mortífero veneno de la *incredulidad* y del *indiferentismo* se propaga intensamente; displicentemente se desprecia la potestad eclesiástica, las cosas sagradas y las leyes; injusta y violentamente se despoja la Iglesia de sus bienes; feroz e ininterrumpidamente se persigue a los ministros sagrados, a los religiosos y las vírgenes consagradas a Dios; se odia con odio perfectamente diabólico a Cristo, a la Iglesia, su doctrina, a esta Sede Apostólica. Un sinnúmero de otros actos que los encarnizados enemigos de la Religión, que cada día nos vemos precisados a lamentar parece prolongar y diferir el tiempo tan deseado en que Nos será dado asistir al completo triunfo de Nuestra santísima Religión, de la verdad y de la justicia.

971

(*) Esta Encíclica no se halla en la primera edición. La traducción se basa en la de la "COLECCIÓN DE LAS ALOCUCIONES CONSISTORIALES, ENCICLICAS Y DEMAS LETRAS APOSTOLICAS" citadas en la Encíclica "*Quanta Cura*" y el "*Syllabus*" del 8 de Diciembre de 1864, págs. 653-669. Impr. de Tejeda a cargo de E. Ludeña 1865 (sin autor ni editor). El texto original (latín) volvió a reproducirse en "Codices Iur. Can. Fontes". Card. Gasparri, Roma 1928, II, 970-976. — Las cifras marginales son de este texto: "Fontes", tomo II. (P. H.).

3. El triunfo de la Iglesia. Este triunfo vendrá aunque Nos no conozcamos el tiempo que el omnipotente Dios le tiene señalado, quien con su admirable y divina Providencia todo lo rige y gobierna, encaminándolo a Nuestra utilidad. Pero, aunque el Padre celestial permita que su santa Iglesia, que milita en esta misérrima y mortal peregrinación sea atormentada y con muchas penalidades e infortunios afligida, sin embargo, estando fundada por Nuestro Señor Jesucristo sobre una firmísima e inmovible roca, no sólo ningún poder ni ningún embate puede jamás derribarla y echarla por tierra, sino que *lejos de disminuir con las persecuciones, aumenta, y el campo del Señor se viste de una mies tanto más abundante cuanto que los granos, que caen uno a uno, nacen multiplicados.*

4. Pruebas de este triunfo actual. - Tonkín y Cochinchina. Vemos que esto sucede también, Dilectos Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, por un singular beneficio de Dios en estos luctuosísimos tiempos, pues, aunque la inmaculada Esposa de Cristo se vea al presente en gran manera afligida por obra de los impíos, sin embargo triunfará de sus enemigos. Triunfa de ellos y resplandece maravillosamente, ya por la fidelidad, amor y respeto que vosotros y todos Nuestros demás Venerables Hermanos, los Prelados de todo el mundo católico manifestáis a Nos y a esta Cátedra de Pedro, por vuestra admirable constancia en defender la unidad católica: ya por medio de tantas obras piadosas de Religión y caridad cristiana, que con la gracia de Dios se multiplican más cada día en el orbe católico: ya por medio de la luz de la sagrada fe, con la cual se iluminan siempre más los países: ya por el egregio amor y solicitud de los católicos hacia la Iglesia, hacia Nos y esta Santa Sede; ya por la inmortal e insigne gloria del martirio. Pues sabéis cómo en las regiones de *Tonkín* principalmente y *Cochinchina*, los Obispos, sacerdotes, los laicos, y hasta las débiles mujeres y tiernas jovencitas y jo-

vencitos, emulando los antiguos ejemplos de los mártires, con ánimo invicto y heroico valor desprecian los tormentos más crueles, y llenos de regocijo se glorían sobre manera de poder dar la vida por Cristo. Todo lo cual debe servir, en verdad, para Nos y para vosotros de gran consuelo en medio de las mayores amarguras que nos agobian.

5. Renovada condenación de los errores modernos. Mas el cargo de Nuestro Ministerio apostólico exige perentoriamente que con todo cuidado defendamos la causa de la Iglesia que Nuestro Señor Jesucristo nos ha encomendado y que reprobemos a todos aquellos que no vacilan en combatir y conculcar a la misma Iglesia y sus sagrados derechos, a sus ministros y a esta Sede Apostólica, por estas Letras confirmamos, declaramos, y condenamos nuevamente todas y cada una de aquellas cosas que en muchas de Nuestras Alocuciones consistoriales y en otras Letras Nuestras, con mucha pena de Nuestra alma, nos hemos visto obligados a lamentar, señalar y condenar.

972

6. Error de la bondad de todas las religiones. Y aquí, Amados Hijos y Venerables Hermanos Nuestros, debemos recordar y reprender otra vez el gravísimo error en que miserablemente cayeron algunos católicos, opinando que los que viven en el error y se hallan fuera de la verdadera fe y de la unidad católica, puedan alcanzar la vida eterna. Esto es del todo contrario a la doctrina católica. Nos y vosotros sabemos que las personas que padecen una ignorancia invencible de Nuestra santa Religión, que guardan la ley natural y sus preceptos, cuidadosamente grabados por Dios, en los corazones de todos, y que están dispuestos a obedecer a Dios, llevando una vida honesta y recta, pueden con el auxilio de la luz divina y de la gracia alcanzar la vida eterna, por cuanto Dios que ve, escudriña y conoce enteramente los espíritus, las almas, los pensamientos y las costumbres de todos, de ninguna manera permite en su

gran bondad y clemencia, que nadie sea castigado con los suplicios eternos, cuando no es reo de culpa voluntaria.

7. Sola la Iglesia Católica salva. Mas no es menos sabido que es un dogma católico que nadie puede salvarse fuera de la Iglesia Católica, que los contumaces y reacios a la autoridad de la misma Iglesia y a sus decisiones y los pertinazmente separados de la unidad de la misma Iglesia y del Pontífice Romano, sucesor de PEDRO *a quien está encargada por el Salvador la custodia de la viña*, no pueden alcanzar la eterna salvación. Son, en efecto, muy claras las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *Quien no oyere a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano*⁽¹⁾. *El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia, y el que a mí me desprecia desprecia a Aquel que me ha enviado*⁽²⁾. *El que no creyere se condenará*⁽³⁾. *El que no cree, ya está juzgado*⁽⁴⁾. *El que no está conmigo está contra mí, el que conmigo no recoge, desparrama*⁽⁵⁾. De aquí que el Apóstol SAN PABLO diga que *estos hombres están corrompidos y condenados por su propio juicio*⁽⁶⁾, y que el Príncipe de los Apóstoles los llame *maestros de la mentira que introducen sectas de perdición, niegan a Dios y atraen sobre sí una pronta condenación*⁽⁷⁾.

8. Socorro a los errantes y cismáticos. No permita Dios que los hijos de la Iglesia católica jamás, de ningún modo, sean enemigos de los que no están unidos con Nos por los vínculos de la fe y de la caridad, antes bien procuren siempre ayudarles y socorrerles con toda la fuerza de la caridad cristiana, si son pobres o están enfermos, o cualesquiera otros males los afligen. Empéñense, sobre todo, en arrancarles de las tinieblas del error en que miserablemente están sumidos, y en conducirlos a la verdad católica y a la amadísima

madre, la Iglesia, que no deja nunca de tenderles sus maternales manos y llamarlos a su seno, para que, cimentados y fortalecidos en la fe, en la esperanza y en la caridad, dando frutos de toda suerte de buenas obras, logren la salvación eterna.

9. Amor propio y la codicia. - **Advertencia de la Biblia.** Ahora, empero, Dilectos Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, no podemos pasar en silencio otro error y mal perniciosísimo que, en Nuestra infaustísima época, miserablemente arrebatada y perturba el espíritu y las almas de los hombres. Hablamos, pues, de aquel desenfrenado y perjudicial amor propio y aquella codicia con que muchos, sin preocuparse en lo más mínimo del prójimo, no buscan otra cosa ni tienden sino a sus propias utilidades y bienestar; hablamos de aquella insaciable pasión de dominar y de ganar, con la cual, desechando las normas de la honestidad y de la justicia, no dejan de juntar y de cualquier modo acumular las riquezas con codicia, y, concentrados ansiosamente sólo en las cosas terrenas, olvidados de Dios, de la Religión y de sus almas, ponen criminalmente toda su felicidad en amontonar riquezas y tesoros pecuniarios. Recuerden estos hombres y mediten seriamente las palabras muy graves de Nuestro Señor: *¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?*⁽⁸⁾, y reflexionen cuidadosamente sobre lo que enseña el Apóstol SAN PABLO cuando dice: *Los que quieren hacerse ricos caen en la tentación y en el lazo del diablo, en muchos deseos inútiles y nocivos los que van sumiendo al hombre en la muerte y en la perdición; porque la avaricia constituye la raíz de todos los males; por causa suya se desviaron muchos de la fe y se precipitaron en una multitud de dolores*⁽⁹⁾.

10. Diversidad de trabajo, unidad del fin. Ciertamente es que los hombres, según la

973

(1) Mateo 18, 17.

(2) Lucas 10, 16.

(3) Marcos 16, 16.

(4) Juan 3, 18.

(5) Lucas 11, 23.

(6) Tito 3, 11.

(7) II Pedro 2, 1.

(8) Mat. 16, 26.

(9) I Timot. 6, 9.

propia y diversa condición de cada uno deben procurarse con sus fatigas los recursos necesarios para vivir ora cultivando las letras y las ciencias, ora ejerciendo las artes liberales o profesionales, ora desempeñando cargos públicos y privados, ora dedicándose al comercio; pero es de todo punto indispensable lo hagan con honestidad, con justicia con integridad y caridad; que siempre tengan a Dios presente, y guarden cuidadosamente sus mandamientos y preceptos.

11. **Asociaciones condenables del Clero.** Ya no podemos, empero, ocultar que Nos aflige un acerbísimo dolor por haber en ITALIA miembros de uno y otro clero que, a tal extremo se han olvidado de su santa vocación que no se avergüenzan en lo más mínimo de difundir, aun por escritos perniciosos, falsas doctrinas, instigando los ánimos de los pueblos contra Nos, contra esta Silla Apostólica, atacando el principado civil de esta misma Sede Nuestra y favoreciendo descaradamente con todo empeño y diligencia a los perversísimos enemigos de la Iglesia Católica y de esta Silla. Estos Clérigos, después de separarse de sus Prelados, de Nos y de esta Santa Sede, y, apoyados en el fervor y el auxilio del Gobierno Subalpino (*piamontés*) y de sus Magistrados, llegaron a tanta audacia, que, despreciando totalmente las censuras y penas eclesiásticas no temían en lo más mínimo establecer ciertas sociedades del todo reprobables, llamadas *Clérigo-liberales*, *De socorro mutuo*, *Emancipadora del Clero Italiano* y otras más, animadas del mismo depravado espíritu; y aunque sus obispos, con toda justicia los hayan suspendido del sagrado ministerio, sin embargo, no trepidan en absoluto en ejercerlo a guisa de intrusos de un modo criminal e ilícito, en muchos templos.

12. **Reprobación y amonestación del Clero extraviado.** Por eso, reprobamos y condenamos las detestables sociedades mencionadas y la mala conducta

de dichos eclesiásticos, amonestando y exhortando al mismo tiempo una y otra vez a estos infelices clérigos a que se arrepientan, se conviertan y atiendan a su propia salvación, considerando seriamente *que ningún perjuicio tolera Dios menos que el causado por los sacerdotes, al ver que, habiéndolos puesto para que sirvan de corrección a los demás, dan ejemplos de depravación.* Mediten atentamente que han de dar muy rigurosa cuenta ante el Tribunal de Cristo. Plegue a Dios que estos desgraciados clérigos obedezcan a Nuestras paternales amonestaciones, dándonos el consuelo que otros varones de uno y otro clero nos han proporcionado y que ellos miserablemente engañados y arrastrados al error, acudan compungidos por días a Nos para implorar con humildad e insistencia el perdón de sus pecados y la absolución de las censuras eclesiásticas.

13. **El Papa señala los males de la hora presente.** Conocéis muy bien, Dilectos Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, los escritos de toda clase, salidos de las tinieblas y llenos de dolo, mentiras, calumnias y blasfemias, conocéis las escuelas confiadas a maestros anticatólicos, los templos destinados al culto anticatólico, el sinnúmero de otras asechanzas realmente diabólicas, las artimañas y los esfuerzos con que los enemigos de Dios y de los hombres se empeñan en destruir, si les fuese posible, hasta los cimientos de la Iglesia Católica en la desgraciada ITALIA, en depravar y corromper cada día más, principalmente a la inexperta juventud y en extirpar de todos los corazones Nuestra santísima fe y Religión.

14. **Misión de los Obispos: la defensa de la grey.** Por eso, no dudamos que vosotros, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, fortalecidos con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, continuaréis en vuestro esclarecido celo episcopal, como hasta ahora con gran alabanza de vuestro nombre lo habéis

practicado, oponiendo con constancia, espíritu unánime y redoblados esfuerzos un muro protector para la casa de Israel, combatiendo por la buena causa de la fe, defendiendo de las asechanzas de los adversarios a los fieles encomendados a vuestros cuidados, advirtiéndoles y exhortándolos continuamente a que conserven siempre la fe santísima, sin la cual es imposible agradar a Dios, la que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles y que enseña, y a que permanezcan firmes e incommovibles en Nuestra santa Religión, la única verdadera, que prepara para la vida eterna, que conserva también en forma extraordinaria y hace feliz a la sociedad civil.

15. Enseñanza religiosa. - Los males que causa la ignorancia. Por eso no dejéis de enseñar, siempre y con exactitud, los venerables misterios de Nuestra augusta Religión; su doctrina, preceptos y su disciplina a los pueblos confiados a vuestros cuidados, valiéndoos principalmente de los párrocos y de otros clérigos que se distingan por la integridad de su vida, la gravedad de su conducta y la sana y sólida doctrina, sea por medio de la predicación de la divina palabra, sea por el catecismo. Pues, vosotros sabéis muy bien que una parte notabilísima de los males nacen en la mayoría de los casos de la ignorancia de las cosas divinas que son necesarias para la salvación, por consiguiente comprenderéis perfectamente que debe emplearse todo cuidado y empeño para alejar del pueblo este mal.

16. Elogio del Clero fiel. Antes de terminar esta Nuestra Carta, no podemos menos de rendir el tributo de las merecidas alabanzas al Clero italiano que, en su mayoría permaneció íntimamente unido a Nos, a esta Cátedra de PEDRO y a sus Prelados, no se ha desviado en lo más mínimo del recto camino, sino que, siguiendo los insignes ejemplos de sus Obispos y, sobrellevando con muchísima paciencia

las cosas más arduas, cumple egregiamente con su deber. Abrigamos la esperanza de que el mismo Clero, con el auxilio de la divina gracia, camine en forma digna a su vocación con que ha sido llamado, luchando siempre por dar pruebas cada vez más espléndidas de su piedad y virtud.

17. Alabanzas a las religiosas. Tributamos también el homenaje de Nuestro encomio a tantas vírgenes consagradas, a Dios, que arrojadas violentamente de sus monasterios, expoliadas de sus rentas y reducidas a la mendicidad, no quebrantaron, sin embargo, la fe que prometieron a su Esposo sino que, soportando con toda constancia su tristísima situación, no cesan día y noche de orar y alzar sus manos al cielo, pidiendo a Dios por la salvación de todos y también la de sus perseguidores, y esperando con paciencia la misericordia del Señor.

18. El Papa celebra la fidelidad heroica del pueblo. Nos complace también en alabar a los pueblos de ITALIA que, egregiamente animados de sentimientos católicos, detestan tantas impías maquinaciones contra la Iglesia y ardientemente se glorían en permanecer fieles a Nos, a esta Santa Sede y a sus Prelados con filial piedad, respeto y obediencia, y, pese a las dificultades sobremanera grandes y a los peligros a que están expuestos, no dejan de darnos todos los días y de todas maneras pruebas inconfundibles de su singular amor e interés y de aliviar Nuestras penosísimas angustias y las de esta Sede apostólica, ya con fondos reunidos, ya con otros donativos.

19. Confianza en Dios en la tribulación. En medio de tantas amarguras y tal tempestad levantada contra la Iglesia, no nos desanimemos nunca, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, puesto que Cristo es nuestro consejo y nuestra fortaleza⁽¹⁰⁾, sin el cual nada podemos⁽¹¹⁾ y por el cual lo

(10) II Pedro 1, 16; II Corint. 12, 9.

(11) Juan 15, 5.

podemos todo⁽¹²⁾, quien al confirmar a los predicadores del Evangelio y a los ministros de los Sacramentos, les dijo: *He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*⁽¹³⁾, y de cierto sabemos que *las puertas del infierno nunca prevalecerán* contra la Iglesia que siempre se ha erguido y se erguirá incommovible, siendo su custodio y protector Nuestro Señor Jesucristo, quien la edificó y quien fue *ayer, hoy y en todos los siglos*⁽¹⁴⁾.

20. Plegarias por la paz y por la vuelta de los extraviados. Mas no dejemos de ofrecer, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, día y noche, con un celo cada vez más ardiente y con humildad de corazón, las oraciones y súplicas a Dios por mediación de JESUCRISTO, a fin de que, deshecha esta turbulentísima tempestad, su santa Iglesia respire aliviada, después de tantas calamidades, disfrute en todas partes de la paz y libertad tan anheladas, y obtenga sobre sus enemigos nuevos y más espléndidos triunfos, a fin de que todos los extraviados, iluminados con la luz de su divina gracia, vuelvan del camino del error al sendero de la verdad y de la justicia, y, haciendo

dignos frutos de penitencia, posean el perpetuo amor y temor de su santo nombre.

21. Ayuda de María y de los Santos. Bendición Papal. Y para que Dios, rico en misericordia, acceda más fácilmente a Nuestras fervorosas plegarias, invoquemos el poderosísimo patrocinio de la Inmaculada Madre de Dios, la Santísima Virgen MARÍA e imploremos la intercesión de los Santos Apóstoles PEDRO y PABLO y de todos los Santos del cielo para que con sus poderosísimas súplicas pidan a Dios en tiempo oportuno misericordia y gracia para todos, y aparten con poder de la Iglesia todas las calamidades que en todas partes, y principalmente en ITALIA la afligen.

976

Finalmente, como prenda segurísima de Nuestra singular benevolencia hacia vosotros, afectuosamente os damos de lo íntimo del corazón la Bendición Apostólica a vosotros, amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, y a la grey confiada a vuestros cuidados.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 10 de agosto de 1863, año décimo octavo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA IX.

(12) Filip. 4, 13.

(13) Mat. 28, 20.

(14) Hebr. 13, 8.